

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

# **La formación del Estado Soviético y su burocratización.**

Leandro Rodríguez – Guillermo Qiña.

Cita:

Leandro Rodríguez – Guillermo Qiña (2004). *La formación del Estado Soviético y su burocratización. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/82>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## La formación del Estado Soviético y su burocratización

Leandro Rodríguez – Guillermo Qiña  
Universidad de Buenos Aires – Facultad de Ciencias Sociales  
[Longo2003@yahoo.com.ar](mailto:Longo2003@yahoo.com.ar)

*“La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales, pero esa tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, solo es posible mostrar su existencia cuando se ha consumado ya el hecho histórico, y siempre que esa conclusión haya sido un éxito. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se revelan y se levantan. En realidad incluso cuando parecen victoriosos, los grupos subalternos se encuentran en una situación de alarma defensiva. Por eso todo indicio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos tiene que ser de inestimable valor para el historiador integral”.*

Antonio Gramsci

*La révolution est fini.*

Napoleón

### Presentación del tema

La Revolución Rusa es un acontecimiento histórico del cual nos separan no solo 85 años, si no también numerosas derrotas de la Clase Obrera, de los oprimidos, una creciente desconfianza en la capacidad de los trabajadores de transformar el mundo, y aun más, una fuerte crisis de identidad de clase que provoca un expandido fenómeno de extrañamiento y ajenidad con la más grande experiencia revolucionaria del siglo XX. Nosotros no estamos ajenos a esta realidad, pero la vivimos más bien como una tensión contradictoria en tanto sentimos y entendemos la necesidad de recuperar aquella experiencia para nuestra clase.

Esta necesidad se ve reforzada en la notoria incapacidad de acercarse a ella en forma científica y comprensiva (sin abandonar un punto de vista de clase) por parte de los escasos análisis que se hacen hoy en día, que recaen en balances apologéticos en unos casos, o de rechazo unilateral en los otros, rechazo que concluye en que toda revolución, en última instancia, acabará burocratizándose y rehabilitando una nueva dominación.

Ante semejante fatalismo, que arraiga en cierta lectura de aquella experiencia, nosotros entendemos que el proceso de burocratización de la revolución no era inevitable, tanto como que es fundamental para analizar este proceso recurrir a un análisis del desarrollo de la lucha de clases y la formación (bajo su influjo) del Estado Soviético. Este enfoque no puede dejar de

preguntarse: ¿Cuáles eran las potencialidades y cuáles las limitaciones de la Revolución? O en términos más precisos: ¿Eran los Soviets una forma radicalmente nueva de poder, adecuada al desarrollo de la cooperación libre como potencialidad de los trabajadores que les permitiera la conquista de sus intereses objetivos en la medida que su subjetividad lo deseara? ¿En qué medida el/los partido/s pudieron o podían ser útiles al despliegue de la potencialidad de los trabajadores? ¿Hubo una cierta coherencia entre la forma de poder de los Soviets, como institucionalización de relaciones sociales de cierto tipo que suponían y las relaciones de poder en que se basó el “nuevo” Estado, o una forma fue disuelta en la otra?

No pretendemos por supuesto encontrar respuestas ideales a estas preguntas, sino respuestas en el desarrollo real de la lucha de clases, es decir la verdad en la práctica social. De tal forma que tomamos como un eje del trabajo la exploración de fuentes producidas con esfuerzos de interpretación más profundos que los que tenemos más a mano hoy en día.

Cada indicio de iniciativa independiente de clase, de autonomía obrera, es clave. Claro que no deben ser entendidos como efectos del libre albedrío o de una voluntad superdotada, sino comprendidos “en su contexto”, dentro de su sociedad, entendiendo ésta como totalidad en movimiento por efecto del desarrollo de la lucha de clases, de la cual su clave son sus relaciones sociales de producción. La autonomía de clase no se da por fuera de las relaciones de producción sino en ellas, en su transformación práctica por la lucha de clases. Así, la socialización de los medios de producción (si es tal) aparece determinada por la irrupción de esta autonomía tanto en la esfera económica como en la esfera política, pues las nuevas relaciones de producción tienen como premisa la creación práctica de un nuevo organismo social que sea propietario de los medios de producción y los trabaje a la vez, y que para poder hacerlo debe hacerse dueños de todas las condiciones de producción, incluyendo los medios de administración, de coordinación y planificación, de coerción. La propiedad sobre todos ellos no es una ley, si no una relación social, una forma de comportarse con su medio, de modo que los trabajadores puedan comportarse “con las condiciones de su trabajo como con su propiedad, como quien es señor de las condiciones de su realidad”<sup>i</sup> y la primer condición para trabajar es la existencia de una sociedad determinada y algún tipo de pertenencia a ella.

De la misma forma la producción (y las relaciones de producción) implica un modo de actividad, es ya una forma de ser en el mundo y una forma de relacionarse en el mundo (el individuo es el conjunto de sus relaciones sociales) y en el mismo sentido es que “las relaciones de producción forman en conjunto lo que se llaman las relaciones sociales, la sociedad”<sup>ii</sup>. Por lo tanto, siendo el Estado una forma específica de relación social con el objeto de hacer posible la

producción y reproducción de la sociedad, no puede ser entendido sin remitirse a la forma de las relaciones de producción dominantes de las que es una parte. La forma del Estado no puede ser arbitraria, sino adecuada a aquellas relaciones de producción. De igual manera que esas relaciones de producción tampoco son arbitrarias, ni responden a una ley necesaria caída del cielo; son más bien fruto de la lucha de clases que es a su vez influida por ambos. Ante esto la pregunta es: ¿De qué forma es posible conducir la lucha de clases de modo tal que pueda moldearse conscientemente la transformación de la sociedad? Un índice: no asumir un enfoque individual.

La cooperación como “la forma del trabajo de muchos que, en el mismo lugar y en equipo, trabajan planificadamente en el mismo proceso de producción o en procesos de producción distintos pero conexos”, da lugar a “la fusión de energías en una”<sup>iii</sup>, a la formación de un obrero colectivo que es más que la suma de los obreros individuales, pero que en el Capitalismo no se pertenecen a sí mismos puesto que son reunidos y coordinados por el capitalista que es el dueño de los medios de producción y sin los cuales no se puede trabajar. El proceso de producción social, bajo el Capitalismo, se dilata tanto que tiende a cubrir el globo en su conjunto; lo cual es lo mismo que decir que se extiende el obrero colectivo. Pero esta extensión en magnitud no hace que tome para sí la función de dirección y vigilancia que brota del nacimiento de un nuevo cuerpo productivo, sino que siguen residiendo fuera de sí. De aquí que el obrero individual sea nada y no tenga como adueñarse de sus condiciones de vida como tal obrero individual, pero si se reúne y coordina con los otros obreros y como tales se apropian de sus condiciones de vida, entonces lo serán todo. Estas nuevas relaciones de producción tendrían que abarcar las relaciones sociales sobre los medios de administración, consenso y coerción, es decir una nueva forma de Estado adecuada a los nuevos intereses sociales.

### **Los días de la Revolución...**

Octubre del 17, las masas de obreros, soldados y campesinos se organizan, sin esperar a nadie, en Soviets y en partidos (amén de una gran variedad de otro tipo de organizaciones). Ante la miseria creciente no retrocedían, avanzaban. Lo que predominaba era la organización libre y voluntaria en éstos dos tipos de organización paralelas: los Soviets eran consejos de delegados elegidos en Asambleas de base (por fábrica, por regimiento, por barrio, por aldea), y se caracterizaban por unificar al conjunto de la capa social representada, se relacionaban con los otros Soviets, al par que ejercían poder en su zona de influencia, se veían llevados a cumplir crecientes funciones “estatales”, siendo en la práctica un gobierno al que de hecho seguía gran parte de la clase. Se adueñaban de las imprentas, de las armas, de fábricas... y cuando decimos se adueñaban, decimos los obreros que formaban los Soviets, decimos los

soldados... (así lo relata J.Reed en un diálogo de él con suboficiales) “...en ese momento se abrió la puerta y apareció en el umbral la figura de un coronel. Nadie se levantó pero todos saludaron en voz alta. “Se puede?” preguntó el coronel. ‘¡Prosim! Prosim’ –respondieron jovialmente los soldados. Entró sonriendo... ‘compañeros, creo que decían que van ustedes a Tsárskoe Seló (al frente de batalla) –dijo- ¿No puedo ir con ustedes? Baklánov (un soldado) lo pensó... ‘Venga, compañero, lo aceptamos con mucho gusto’. El coronel le dio las gracias, tomó asiento y se sirvió un vaso de té. Baklánov, bajando la voz para no herir la susceptibilidad del coronel, me explicó la situación. ‘Comprende, -dijo- (a Reed) yo soy el presidente del Comité. Tenemos el control absoluto del Batallón, menos en combate; entonces delegamos el mando en el coronel. En combate sus órdenes son obligatorias para todos, pero él responde de todo ante nosotros. En los cuarteles no puede hacer nada sin nuestro permiso... Se le puede considera como un funcionario nuestro...’”<sup>iv</sup> Dirección colectiva, por Asamblea en lo atinente a toda decisión relevante. Así era en aquellos días.

En cuanto a los partidos, los había de todas las tendencias ideológicas, composición social de sus miembros y así también en sus formas organizativas. Su actitud ante los Soviets era diversa, pudiendo establecerse una primer separación entre quienes participaban en ellos y quienes no, y luego una segunda entre quienes defendían la independencia de los Soviets ante el Estado burgués y quienes pretendían subordinarlo a él o que los Soviets sólo eran órganos de lucha y que era esta su única función. Es claro que estas diferencias cobraban sentido en las distintas estrategias que se daban los partidos. Puede decirse que el programa de abolición de la propiedad privada, de alianza del proletariado sólo con los campesinos pobres, de destrucción del Estado burgués y edificación de un nuevo Estado basado en el poder de los Soviets iban de la mano en el caso de los bolcheviques y también en buena medida en los socialrevolucionarios de izquierda. Otros grupos más pequeños fluctuaban en torno a algunas de estas posiciones (mencheviques internacionalistas, grupo Nóvaya Zhizn y maximalistas, por ejemplo), Los anarquistas son un caso aparte, pues si bien corresponden a los criterios en base a los cuales estamos hablando de partido, ellos consideran que no lo son pues no hacen política ni construyen o disputan poder. Pero en todo caso antes de la revolución marchaban relativamente juntos con los bolcheviques y formaron parte activa en la insurrección armada de Moscú, sobre todo. Su desconfianza, eso sí, superaba a la presencia de partidos y llegaba a la consigna Todo el Poder a los Soviets y la estructura representativa que podía emerger de ella. Estos dos poderes eran por momentos paralelos, por momentos complementarios, pero en todo momento el siguiente paso era imprevisible y estaba librado siempre a un alto grado de espontaneidad, ya que los Soviets eran organismos vivos que absorbían velozmente los cambios de clima de la sociedad tanto como las variantes tácticas de cada partido. Numerosas veces los delegados eran sustituidos por las Asambleas de base que no estaban conformes

con su labor (antes de Octubre, claro). De tal forma, la misma insurrección de Octubre fue organizada por un Comité Militar Revolucionario dependiente del Soviet de Petrogrado, elegido en él y con mayoría bolchevique, al mismo tiempo.

Esto decía la máxima autoridad del momento, Lenin, dirigente del comité central del partido bolchevique y presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, órgano creado por el Segundo Congreso Panruso de Soviets y responsable ante él: “¡Camaradas trabajadores! Recuerden que **son ustedes mismos quienes gobiernan el Estado**. Nadie los ayudará, si ustedes mismos no se unen y no **toman en sus manos todos los asuntos**. Sus Soviets son desde ahora los órganos plenipotenciarios del poder del Estado, órganos que deciden. Agrúpanse en torno de los Soviets de ustedes, fortalézcanlos. Manos a la obra, empiecen desde abajo sin esperar a nadie. Sean vigilantes y protejan como la niña de sus ojos, su tierra, su trigo, las fábricas... todo lo que de ahora será **íntegramente** propiedad de ustedes”<sup>v</sup>. Pero ya en aquellos días muchos obreros que tomaban sus fábricas se chocaban con una “confusión”, pues eran acusados de usurpadores del proletariado que era (sic) el verdadero dueño, es decir el Estado. ¿Pero entonces... qué era el Estado?

Al triunfar la Revolución, al tomar el Segundo Congreso Panruso de Soviets el poder, se acaba el doble poder (el gobierno provisional como poder burgués y los Soviets como poder obrero y popular), por lo cual el monopolio de la fuerza, y el poder estatal en su conjunto intenta ser ejercido sólo por el Congreso de Soviets. De aquí se deriva que se intentara eliminar la superposición de poderes, reconociéndose a partir de ese momento a los trabajadores industriales y agrícolas y a los soldados, organizados en Soviets, como única fuente de poder. Pero el poder no es un decreto...

Así como en toda sociedad hay relaciones de poder y así como estas no pueden ser explicadas en sí mismas, sino en función de “las necesidades de un combate y las reglas de una estrategia”, así entendemos que no existieron necesidades sociales en abstracto sino necesidades de clase (por supuesto que el hambre y la miseria son necesidades abstractamente iguales para todos, pero lo que interesa es justamente estas necesidades, *en concreto*, como pueden ser satisfechas por cada clase). Si bien la lucha de clases es una sola, cada clase recurre a distintas herramientas para combatir, aún cuando en ocasiones tomen “prestadas” armas del adversario. La forma de las relaciones sociales, es decir del poder, son ya un arma del combate, y de las cuales las relaciones de producción que se practiquen son las principales. ¿Pueden los obreros como clase hacer uso de la disciplina tradicional, de las relaciones de producción burguesas para emanciparse del Capitalismo? La estrategia obrera tiene sus reglas, dictada por sus condiciones materiales de existencia, por su modo de ser en el mundo. No pueden liberarse con cualquier método. Su potencia no puede ser desplegada en cualquier sentido. La forma en que se conforme el nuevo Estado es, indudablemente, parte

fundamental de la estrategia que se dé la clase, pero no es en absoluto ajena a ella las relaciones de producción que predominan, ya que como dijimos, el Estado es una relación social que debe integrarse con aquellas.

Puede decretarse la paz, la propiedad común de la tierra entregada en usufructo a los campesinos, el control obrero en las fábricas... pero luego tal vez el enemigo siga atacando y no sea posible la paz sino la guerra o la rendición, tal vez la producción del campo no alcance para la ciudad o sea muy cara, tal vez el control obrero no sea efectuado por los propios obreros porque no tengan interés o porque no sepan leer o no entiendan de números o tal vez quieran simplemente gestionar su fábrica, tal vez falten insumos, etc., etc. Es por esto que se designa un consejo de comisarios permanente y una serie de comisiones o ministerios. Y así se dilata el Estado Soviético y el ida y vuelta se hace cada vez más dificultoso con las bases. En este punto surgen dos preguntas: ¿Cómo vitalizar el ida y vuelta? ¿Qué tipo de decisiones pueden tomar y cuáles no los órganos centralizadores, cuáles sí los órganos locales? Y una primera respuesta que parecerá paradójica: los partidos (en tanto agrupaciones privadas, fraccionales, con –por decir así- derecho de admisión, con afinidad de ideas y de métodos) son (potencialmente) grandes centros de vitalidad como lo demuestra el período febrero-octubre del 17. Los obreros en forma individual se ven limitados en el pensar y en el actuar, y el hecho de que formen parte de un Soviet es una posibilidad enorme de expansión de su ser, de sus relaciones sociales, pero no es el lugar más indicado (como muestran infinidad de experiencias) para reflexionar en profundidad sobre, por ejemplo, la cantidad de temas que marcamos y que ameritan múltiples enfoques. La libertad de partidos (que no agiten a viva voz la contrarrevolución) debe ir acompañada por la libertad de prensa, de manifestación y de reunión. En tal sentido es clave ver hasta dónde llega la alianza de clases para marcar hasta dónde llega aquella libertad.

Todo esto no se le escapaba a Lenin ya en 1905, cuando enfrentándose a la mayoría de sus camaradas bolcheviques, estaba en contra de pedir al Soviet de Petrogrado que adoptara el programa socialdemócrata y en contra de que en el Soviet pudieran participar solamente los bolcheviques, sino todos los partidos, exceptuando a las centurias negras. El ida y vuelta debe ser apoyado por medidas del tipo: capacidad de revocatoria inmediata por la base, funcionarios con salarios de obrero y rotación en su cargo (para que vuelvan al trabajo raso), “ningún funcionario desde arriba”, todas medidas dedicadas a facilitar la construcción de un nuevo cuerpo productivo que cumpla él mismo las tareas “estatales” o comunales, que tienda a romper la separación sociedad-Estado, medidas repetidas en “El Estado y la Revolución” así como en gran cantidad de otros papeles de Lenin. Pero ya en los primeros meses se repitieron prohibiciones, censuras, zancadillas del tipo de no facilitar el papel para los diarios críticos,

cortarles la luz cuando iban a imprimir, con lo cual el diario no podía salir en el día, etc. Ni qué decir de la adopción “de hecho” del programa bolchevique por los Soviets.

En segundo lugar, en los órganos de centralización se pretendía resolver todo, y lo que no llegaban a hacer por sí mismos designaban a funcionarios dependientes de ellos mismos (y no de los Soviets, aunque por transición pudiera decirse que sí). Los Soviets locales eran cada vez más, órganos consultivos del Consejo de Comisarios y sus comisiones. Por lo tanto los que decidían localmente eran: ¡Los delegados del Comisariado central que respondía a su vez al Comité central del partido! La formación de la VeSenJá (Consejo Supremo de la Economía) destinada a “la organización de la actividad económica de la nación y de los recursos financieros del gobierno”, debía “dirigir hacia una finalidad uniforme las actividades de todas las autoridades económicas, centrales y locales, incluyendo el Consejo de Control Obrero de toda Rusia” y se constituyó por “miembros del mismo, representantes de todos los comisariados del Pueblo y expertos nombrados en calidad consultiva”, ésto, “como hacía notar Lenin desalojaba la organización del Control Obrero” así decía: “hemos pasado del Control Obrero a la creación del Consejo Superior de la Economía Nacional”<sup>vi</sup>. Y es más, ya en el Consejo de Control Obrero los Comités de Fábrica no eran sino una minoría frente a los representantes de los sindicatos. No se trata, por supuesto, de condenar medidas aisladas, sino de ver que el funcionamiento de conjunto tomaba una nueva dinámica. Y no se trata de que *todo* vaya de abajo hacia arriba y no se admita nada de arriba hacia abajo, pero: ¿Las órdenes llegadas “desde arriba” a la fábrica (comprar, vender o producir ‘x’ existencias, por ejemplo) eran fruto de una planificación democrática de la cual habían participado las propias fábricas? ¿O eran órdenes impartidas por la libre voluntad de determinado Comisario?

### **El problema de los comisarios y los consejos**

Cuando nos adentramos en el problema de la democracia obrera a través de los consejos de fábrica nos encontramos con uno de los nudos esenciales para la comprensión del llamado proceso de burocratización de la revolución de octubre.

La necesidad de planificación y sostenimiento de la economía general que se imponía al gobierno revolucionario debía resolver la delicada cuestión de los consejos de fábrica; siendo que habían sido uno de los pilares fundamentales mediante los cuales el partido bolchevique había arribado al poder en octubre del 17.

Es que, como sostiene Oscar Anweiler<sup>vii</sup>, se producía una abrupta ruptura entre las necesidades de la economía general y el cauce anárquico que había tomado la producción, dada la notable soberanía alcanzada por los consejos de fábrica inmediatamente después de octubre. Habiendo arribado a una verdadera *dictadura del proletariado* en las fábricas a través de los consejos; se sumaba a ésto la complejidad no sólo dada por el peso que venían

teniendo en el proceso revolucionario incluso antes de octubre, sino también por la sumersión en el enfrentamiento teórico político que supondría una eventual regulación y/o intervención del Estado en pos de ajustar las unidades productivas y su funcionamiento a las necesidades económicas de toda Rusia, agravadas desde ya por las consecuencias devastadoras de la guerra civil.

Ya en “Las tareas de la revolución”<sup>viii</sup> Lenin hace una dura defensa de la disciplina que sería propugnada mediante el poder dictatorial frente a las distintas voces que se alzaban condenando todo tipo de coacción estatal sobre los órganos de democracia directa. El diagnóstico leninista tanto de la lucha de clases interna a Rusia como de la urgencia económica lo lleva a tejer un orden de prioridades que a ojos de anarquistas y consejistas corrompía gravemente la dinámica y la lógica anti-burguesa del funcionamiento de la toma de decisiones, bastión de los principios en los que se sustentaba la experiencia revolucionaria.

En los mismos términos de Lenin, lo que se requería era una “unidad de voluntad”<sup>ix</sup> capaz de dirigir la globalidad de la producción, coadyuvando al aprendizaje obrero de las tareas revolucionarias y su ejecución; el desarrollo de la consciencia revolucionaria sería así conducido por la voluntad de los comisarios, que se manifiesta como personificación de la voluntad obrera mediada por el partido, y el disciplinamiento integral de los obreros y en particular durante las horas de trabajo.

Como sosteníamos más arriba, ésto se apoyaba según Lenin, por otro lado, en el atraso en términos de maduración de la conciencia revolucionaria y en nivel técnico cultural alcanzado por gran parte del campesinado pobre tanto como de sectores obreros, a lo cual se agregaban dos dificultades no menos importantes: por un lado, la captación, para tareas militantes dentro del partido bolchevique, así como en la órbita de la administración estatal, de los cuadros obreros más avanzados; por otro, las importantes bajas que sufría el sector más consciente del proletariado ruso a raíz de su participación en la guerra civil.

El precedente teórico de lo que ocurrió con la puesta en marcha de la intervención dictatorial de los comisarios bolcheviques en las fábricas puede encontrarse en el “Qué hacer” de Lenin, respecto al planteo acerca del espontaneísmo y el papel de la vanguardia intelectual. Pues si bien este planteo parece haber sido echado por tierra con la autodeterminación de la producción por parte de los obreros llevada a cabo en la revolución de octubre, es proyectado desde el plan político en que operaba en el capítulo II del citado texto hacia el plano económico-político en lo que hace a planificación de la producción y educación y desarrollo de la consciencia obrera a través de ella, en el marco de una férrea disciplina.

Nos sumergimos así de lleno en la problemática del carácter mismo de la planificación, incluso en la discusión acerca de pensar o no, en las condiciones y los medios en que fue puesto en práctica, en la existencia de una soberanía obrera sobre la producción.

Creemos que la consideración del carácter revolucionario del Estado soviético radica en gran medida en ello. Pues es aquí donde se distinguen las relaciones sociales que los sostienen, le dan vida y lo potencian como órgano de mediación entre el hombre y la naturaleza.

Un acercamiento desde la izquierda, al Estado resultante de la revolución de Octubre, no puede dejar de pensar en las relaciones sociales que, trascendiendo la esfera estrictamente económica, se proyectan y objetivan en el conjunto de la realidad social soviética.

Y para plantear tal estudio no puede sino pasarse revista a las relaciones sociales que signan al Estado correspondiente al modo de producción capitalista; en principio, partiendo de la separación entre el trabajador y los medios de producción como premisa para la dinámica de valorización del capital. En otros términos: ¿Cómo opera la disciplina que lleva el comisario del partido al proceso de producción en relación a los postulados de recuperación de la unidad originaria del trabajo, entre obrero y medios de producción, del bolchevismo? ¿Es la mediación del partido en esa unidad una garantía de la superación de dicho divorcio en el orden burgués? ¿Qué posibilidades de vida dejaba el tipo de disciplina que se buscó poner en práctica, al desarrollo de la gestión obrera del proceso de producción? ¿Desembocaría inexorablemente en un proceso de congelamiento de funcionarios y relajación de la actividad política de las masas?

Es pertinente para dilucidar esto sacar a la luz la discusión dada entonces entre dirección y control obrero, pues son la cristalización de dos modelos distintos de relacionar al sujeto productor con su trabajo, de un ser social en una concreta relación con la naturaleza.

La confrontación de estos dos conceptos, como bien señala Maurice Brinton<sup>x</sup>, reviste la mayor importancia al respecto, por cuanto puntualiza cuestiones que tienen que ver con las potencialidades mismas que radican en la autoorganización obrera en el proceso de trabajo, a la vez que permite hacer un análisis consecuente sobre el ejercicio de la actividad proletaria soberana, su crecimiento o liquidación, partiendo de concebir la particularidad con que el sujeto se enfrenta al mundo, se aproxima a él, y lo produce.

La diferencia estriba en un aparente choque semántico: mientras dirigir alude a la toma de decisiones independientes, en el plano de la realidad social rusa la dirección obrera se postula como ejercicio pleno de soberanía proletaria; en tanto controlar hace referencia a una instancia de fiscalización, de supervisión de labores ajenas, con lo cual el “control obrero” representaría un cercenamiento del ejercicio de la soberanía, alejando a los obreros de los medios de producción, extrañando de sí los medios de gestión económica y el comando del proceso de producción, a la vez que enajenaba la voluntad obrera. Esta circulaba en el esquema adoptado trazando, junto con el saber técnico, un circuito con ciertos parecidos al que recorre el capital para enajenar el conocimiento que extrae del proceso productivo; pues mediado por el Estado, se presenta ante los obreros como algo extraño, su manifestación como ser genérico se le

aparece por medio del comisario, cuya figura se perfila así como una personificación cada vez más firme, tanto del partido-estado como de la extracción de saber surgido de su práctica obrera.

Así, la legitimación de la figura del burócrata aparece objetivamente descansando sobre la voluntad obrera enajenada en el órgano estatal-partidario; y operando sobre la subjetividad obrera con una impronta tan desmoralizante como desmovilizadora sobre las masas.

Por ello recobra tal importancia la nombrada oposición entre control y dirección; en la medida en que el desarrollo del proceso de burocratización tomó realidad en un conjunto de relaciones sociales, que el gobierno "soviético" bolchevique planeó desde una concepción que veía como inevitable una mayor cercanía a la opción de control obrero ante la imposibilidad de la dirección proletaria por las carencias ya mencionadas más arriba, y el apremio de necesidades que la lucha de clases y la crisis económica llevaban ante el gobierno ruso.

Por tanto, si el gobierno revolucionario se planteaba transformar el orden social burgués, era natural que aparecieran las duras críticas de que fue objeto desde los anarquistas y consejistas, que veían en aquella disciplina impuesta por el poder estatal un paralelo con la disciplina burguesa del capital a la vez que un abandono de los principios igualitarios que habían abonado el levantamiento de obreros y campesinos rusos.

Lo que corresponde estudiar en pos de hacer justicia a los procesos históricos que tuvieron lugar a través de estas cuestiones, no puede ser ajeno al modo en que el régimen revolucionario se planteó, a partir de su diagnóstico de situación, encarar la resolución de las problemáticas en torno a la planificación y gestión económica en una perspectiva histórica y de procesos sociales.

Pues haciendo foco en la mencionada dicotomía control/dirección podemos rescatar el cauce que fue tomando el devenir de la democracia obrera así como la formación de burocracias partido-estatales en detrimento de aquélla. Sin embargo, un análisis materialista y dialéctico exige una postura histórica y procesual de las transformaciones sociales, que no reifique momentos de la lucha de clases ni eternice conceptualmente situaciones o momentos de desarrollos históricos complejos. Por ello esperamos recuperar aquí las condiciones históricas que sirvieron de marco al burocratismo creciente desatado con la política de disciplinamiento con que el Estado soviético pretendía garantizar la supervivencia de la revolución.

Ahora bien, siendo que el diagnóstico bolchevique del gobierno encontraba serias dificultades para encauzar a través del Estado y en conjunción con la democracia obrera directa de los consejos un proyecto de desarrollo de dirección obrera de la producción, terminó por subsumirlo en el plan de intervención estatal con la figura del comisario; que si bien se enmarcaba y pretendía justificarse a partir de concebirse como parte de las inmensas tareas que a través de ello cumplía el partido para con las masas, augurando un crecimiento histórico

gradual, tanto en la consciencia de estos últimos como en el nivel de autogestión obrera que se iría alcanzando mediante -y sólo con- los logros (orden y productividad) y el cumplimiento de objetivos que aseguraría el Estado-partido, muy difícilmente podría ser concebido como ejercicio, inclusive, de un control obrero hacia la labor de los funcionarios de estado.

Cuando se había planificado convocar el segundo congreso panruso de consejos COMITES de fábrica el gobierno intercedió abruptamente para impedirlo, en consonancia con la elección de los sindicatos (controlados por mayoría bolchevique) como instancias regionales y nacionales de decisión, trabando toda posibilidad de coordinación de los consejos, único modo, este último, de organización que hubiera permitido una estructura más horizontal en la toma de decisiones extra local. Tal es así que los consejos de fábrica debían subordinarse a la autoridad y decisiones de los sindicatos<sup>xi</sup>.

El paulatino alejamiento de la posibilidad de control obrero sobre las actividades de los funcionarios estatales se veía reforzado, por otra parte, y como es conocido, aunque con ciertas miradas tendenciosas, con la constante represión y persecución de los opositores al recorte de la soberanía obrera impulsada por el gobierno soviético.

La represión de que fue objeto el anarquismo a partir de sus intervenciones anti-estadistas en los varios casos en que los trabajadores autoorganizados impulsaban la puesta en funcionamiento de fábricas cerradas, mostrando gran interés en la gestión de la fábrica y evidenciando la voluntad de hacerlo incluso careciendo de soporte estatal –ante la condena y la amenaza de los funcionarios bolcheviques que se presentaban en tanto voluntad obrera de Rusia toda-, como describe cautelosamente Volin<sup>xii</sup> en sus estudios de caso, hace patente la decisión del gobierno bolchevique tomada respecto al espacio de dirección de la producción que le correspondía ocupar.

Una mirada retrospectiva que no se agote en condenas estériles y que dilucide los procesos y tendencias que la lucha de clases en Rusia iba generando en el transcurso del proceso revolucionario, a la vez que reivindique las potencialidades que encerraba la autogestión obrera tanto como las limitaciones para su plena puesta en ejercicio, es la única que nos puede proporcionar aristas interesantes de análisis para la elucidación del proceso que deviene en burocratización y para una apropiación crítica y obrera de esta experiencia revolucionaria.

### **Soberanía burocrática frente a Estado obrero**

Esperamos pensar la impronta burocratizante que siguió el proceso de formación del Estado soviético, como sosteníamos más arriba, desde una óptica materialista que rescate tanto los procesos sociales a partir de los cuales cobra existencia el Estado, la potencialidad que contuvo esa experiencia obrera y que aún muestra para las generaciones obreras venideras,

así como las limitaciones que afrontó, elementos imprescindibles a ser tenidos en cuenta para una recuperación proletaria de esta experiencia revolucionaria.

Entonces el modo de abordar los planteos teóricos sobre los que se basó la política estatal rusa, los pasos dados por el partido, la aplicación de una disciplina de hierro hacia los procesos de trabajo y los espacios dados a los funcionarios del gobierno para ello, demandará una comprensión relacional de los conceptos y procesos involucrados: lucha de clases, Estado, burocracia, administración, soberanía.

Eric Olin Wright<sup>xiii</sup>, focaliza de modo interesante la cuestión en el concepto que Lenin tiene de la burocracia por oposición al de Weber. Cada uno con una visión específica del Estado, pues mientras ambos remarcan el elemento coactivo como particularidad estatal, el primero lo entiende en principio en relación a la dominación de clase, en un esquema que piensa permanentemente en clase opresora y oprimida, al tiempo que Weber rescatará del Estado la función administrativa compleja para cumplir con las demandas de racionalidad creciente de la modernidad<sup>xiv</sup>.

Por tanto, las condiciones en que ambos autores ven tomar vida a la burocracia del Estado burgués pueden ser las mismas, mas en el plano teórico se abre entre ellos un abismo, cuando uno realiza un análisis clasista de la necesidad de la burocracia, la cual vendría estrictamente a cumplir funciones de dominación burguesa, en un Estado burgués, y con motivos y condiciones de existencia que radican en el orden clasista de tal dominación; en tanto Weber sí encuentra en toda asociación política estatal moderna la necesidad de una burocracia que esté a la altura de resolver las cada vez más altas demandas de saber técnico y profesional de la modernidad. Pensar en la concepción leninista de la burocracia resulta por demás interesante porque alumbra las potencialidades que el propio partido bolchevique veía en la revolución conducida en el marco de un duro centralismo de batalla partidario estatal; pues el problema de la burocracia no está ligado al Estado en sí, con lo cual por propiedad transitiva infectaría también al Estado obrero, sino a las condiciones que está llamado a sostener y garantizar el Estado burgués para lo cual necesita una burocracia que concentre los medios de administración y los mantenga ajenos a la clase dominada.

Entendiendo a la burocracia como una estricta necesidad de la dominación burguesa, Lenin discutirá en “El Estado y la revolución”<sup>xv</sup> la posibilidad misma de que exista aquella en un Estado obrero; tal concepción es la que permite pensar la intervención de corte verticalista del partido en la vida política, económica y social de la nación sin temor a la burocratización, puesto el carácter obrero, revolucionario, opuesto a la dominación de clase, del Estado soviético, sin vislumbrar en ello los riesgos de muerte para la vida política obrera que constituía el espíritu subjetivo y objetivo de la revolución, tanto como su potencia de gestación de un orden social sin clases.

Sin embargo, desde la óptica weberiana se puede ver la imposibilidad que tiene un partido de potenciar la vida activa obrera soviética, en tanto su carácter burocratizante excede sus determinaciones de clase, pues cobra vida en toda necesidad de saber técnico delegado “ a menos que su liderazgo fuera responsabilizado sistemáticamente de sus actos”<sup>xvi</sup>, lo cual resulta ajeno a la lógica de aparición del partido bolchevique como encarnación de la voluntad proletaria, con la cual esperaba lograr la legitimidad suficiente para encarar la nacionalización de la economía y el disciplinamiento mismo de la clase obrera.

Desde esta perspectiva existiría una imposibilidad de eludir todo carácter burocrático por parte de un partido que espera encarnar un interés colectivo, de clase y derivar de él funciones de educación y disciplinamiento obrero.

Sin embargo, creemos que la experiencia soviética no estaba condenada a la burocratización por el mero hecho consistente en que uno de los artífices sociales más importantes en la revolución estuviera organizado en un partido. Más bien esto debe ser puesto en el análisis en conjunto con el carácter electivo o no de los cargos que ocupan los funcionarios, con la discusión y el debate existente entre los obreros organizados y los funcionarios del partido, con la revocabilidad o no de los cargos, con el ejercicio de la soberanía o su delegación en los miembros del partido. Sostenemos que en estas variables radica el carácter burocratizante o no los procesos puestos en marcha por el poder estatal soviético.

### **El partido y la lucha de clases**

*“La organización es el principio fundamental de la lucha de la clase obrera por su emancipación. Se sigue que, desde el punto de vista del movimiento práctico, el problema más importante es el de las formas de esta organización”. Pannekoek*

Hemos enumerado ya algunos factores que obstaculizaban el proceso “más Democracia, más Socialismo”, la emancipación de la Clase Obrera por sí misma. Mandel resume las dificultades materiales de esta manera: “caída catastrófica de las fuerzas productivas. Esto se expresa en el hambre, paralización de gran parte de la producción industrial, descomposición parcial del proletariado como clase”<sup>xvii</sup>. Alec Nove <sup>xviii</sup>precisa que, comparando el año 1913 con 1921 la caída de la producción industrial es a un tercio de lo que era y en la gran industria es a un quinto de 1913; hierro, acero y ladrillos caen más de veinte veces. La Vesenja tenía bajo su autoridad unas 4000 empresas (justamente las de gran industria) de las cuales sólo funcionaban 1375 en septiembre de 1919. A pesar de ello no daba abasto para “distribuir cuantos materiales había disponibles, dar órdenes acerca de lo que se debía producir”, etc. Según Mandel, “estas dificultades llevan a Kronstadt, al viraje a la NEP (Nueva Política Económica), al acartonamiento del partido bolchevique: supresión de los partidos y

agrupamientos de oposición que aún subsisten; supresión del derecho de fracción en el seno del partido"<sup>xix</sup>. Es decir, como la Vesenja era incapaz de gestionar la producción, incorporemos a más expertos técnicos, a antiguos empresarios, e incrementemos a los funcionarios en base a ellos y a miembros del partido.

En cuanto a ésto, Trotsky formuló en su teoría de la revolución permanente que toda revolución debe hacer pie en una de las dos clases fundamentales de la sociedad, o bien en el proletariado y entonces no puede detenerse en el Capitalismo, o bien en laburguesía y allí debe detenerse en él. Pero apoyarse en el proletariado según el mismo Trotsky es apoyarse en la autoactividad de los trabajadores, en su capacidad de organizarse por sí mismos. En Comités, en Soviets, tal vez también en el Partido. Cómo entonces explicar que el Estado estuviera dominado por elementos ajenos a la clase que, a lo sumo, alguna vez habían trabajado, pero que ya no lo hacían. La base del Estado eran los Soviets compuestos por trabajadores, pero en su dirección no había obreros sino especialistas, desconectados por su forma de vida, por sus intereses objetivos y porque ya no eran ni rotativos ni revocables más que por el Partido. Así, decía Kollontai: "Los obreros preguntan: 'quiénes somos'? Somos realmente la base de la dictadura de clase o sólo un dócil rebaño que sirve para sostener a los que tras haber cortado todos sus nexos con las masas, aplican su propia política y desarrollan la industria bajo cubierta garantizada de la marca del partido, sin preocuparse por nuestras opiniones, ni por nuestras posibilidades creadoras? (en "De Marx y del marxismo" K.Papaioannou, pág. 252.) En el momento de la revuelta de Kronstadt, Trotsky respondía: "La Oposición Obrera ha transformado en fetiches los principios democráticos. Ha puesto el derecho de los trabajadores a elegir sus representantes por encima del partido, como si el partido no tuviera

derecho a imponer su dictadura, aunque esa dictadura chocara temporalmente con las tendencias cambiantes de la democracia obrera (...) Debemos tomar consciencia de la misión histórica revolucionaria del partido. El partido está obligado a mantener su dictadura, sin tomar en cuenta los flotamientos provisionales en la reacción espontánea de las masas, ni tampoco las vacilaciones momentáneas de la Clase Obrera. La dictadura no se apoya en todo momento en el principio formal de la Democracia Obrera"(X Congreso del partido). Mandel pretende salvar esta flagrante contradicción entre la necesidad de que se despliegue la autoactividad de las masas para la construcción del Socialismo y la "necesidad de que el partido ponga en marcha el programa socialista. Dice: "La tarea del revolucionario proletario no consiste en 'hacerse con el poder' empleando los medios que sean, sino en tomar el poder para poner en marcha un programa socialista" ("Sobre la historia..." Mandel pag 151) ¡Pero sólo las masas en forma consciente pueden realizar el programa socialista! La primer tarea del revolucionario proletario es actuar como miembro de la clase que colabora activamente para constituir un

obrero colectivo íntegro (i.e. que cumple por sí mismo la función de dirección) y emancipado; debe desarrollar el trabajo social-colectivo en forma libre, como un engranaje más de este trabajo, sea desde la fábrica, sea circunstancialmente desde un trabajo de coordinación de la producción social.

De todas formas Mandel afirma que "retrospectivamente, no puede haber duda en cuanto a que Lenin y Trotsky cometieron en aquellos momentos (1921-supresión de los partidos de oposición, supresión del derecho de fracción en el seno del partido" un error de apreciación teórica y política. Ante las contradicciones de la sociedad soviética de comienzos de los años 20, estimaron que la amenaza principal era la descomposición interna de la dictadura del proletariado con el relajamiento de la disciplina de la Clase Obrera, en unas condiciones de reanudación de la pequeña producción mercantil. Pero el peligro principal lo constituía la desmovilización y pasividad política creciente de la Clase Obrera, bajo los efectos combinados de las privaciones por un lado y, por otro, la sustitución del poder de los Soviets por el poder del aparato del partido. Cuanto más aumentaba la pasividad de la Clase Obrera, más se concentraba el ejercicio del poder en manos de los funcionarios del Estado, y más tendió el aparato del partido a confundirse con el aparato del Estado. La formación de una capa social específica -la capa burocrática- tiene su raíz principal en la decadencia y desaparición del ejercicio directo del poder político por el proletariado soviético, en la atrofia del sistema soviético" ("Sobre...", Mandel, pág 208).

Pero como ya vimos, esta desaparición del ejercicio directo del poder por el proletariado, no cayó del cielo, ni fue un efecto mecánico del hambre o la desocupación, sino que fue obstaculizada deliberadamente por un partido más preocupado en que las cosas fueran como él quería, que en apoyarse en la clase real tal como era e impulsarla, confiando en sus fuerzas y en las fuerzas del partido en la medida que este fuera efectivamente parte de la clase (toda su dirección -tal como dijo Lenin- hacía ya un tiempo que no eran trabajadores sino miembros de aparatos, funcionarios..). Y volvieran a confiar en su capacidad de convencer a la clase en el marco de sus organismos independientes y plenipotenciarios, y no insistieran en que la garantía de la revolución sólo fuera el partido bolchevique.

*"En cualquier sociedad tienen que cumplirse ciertas condiciones para que sea posible el proceso social de producción y existencia colectiva, y estas relaciones se arraigan como hábitos espontáneos y formas morales: el sentido del deber, la laboriosidad, la disciplina: en primera instancia el proceso de la revolución consiste en debilitar estas viejas relaciones"<sup>xxx</sup>.*

## **Conclusiones**

*Los dominadores de cada momento son los herederos*

*de todos los que alguna vez han vencido en la historia. La empatía con el vencedor beneficia siempre al dominador del momento.*

Walter Benjamin,  
Apuntes sobre el concepto de historia.

La Revolución Rusa, realizada en condiciones excepcionalmente difíciles, obligaba a quienes la dirigieron a arriesgarla en grado superlativo o bien volcando su confianza, en forma prácticamente ilimitada, en la capacidad y la decisión de las masas de autoorganizarse, en la autoactividad del proletariado, masas dentro de las que se hubieran situado los cuadros obreros, técnicos, campesinos bolcheviques; o bien, en cambio, en la capacidad del partido (y a su vez de su cúpula) para reorganizar él mismo, separado de las masas, la sociedad rusa, manipulando tanto a obreros y campesinos pobres, como a profesionales, técnicos, antiguos empresarios, etc. Si bien en el período abril octubre del 17, a iniciativa de Lenin, los bolcheviques se volcaron a la primera opción, luego de octubre lo hicieron por la segunda opción, al considerar que el peligro principal para la revolución era el relajamiento de la disciplina, etc, Mandel, y no la desmovilización y desmoralización de las masas. Esta opción concentraba el poder en el partido y convertía a éste en la burocracia del Estado y en el órgano de su control a la vez. Pero esta burocracia no era simplemente medios administrativos sobre la producción, sino la dirección directa sobre la producción y sobre la planificación general de la economía, además de sobre los medios de coerción y consenso.

Este era un mecanismo objetivo, más allá de lo que el partido dijera de sí mismo. Cómo podía funcionar sobre la clase obrera. Aquí debemos dar un lugar importante a lo que Godelier llamó la parte ideal de lo real. Las representaciones que los bolcheviques hacían sobre la sociedad era asumida por la mayor parte de ésta, por lo cual aparecía como legítima y necesaria la nueva estructura de poder, en la cual los bolcheviques eran quienes debían servir, dominar a la sociedad en su conjunto, ya que eran la encarnación de la dictadura del proletariado. Dado que los bolcheviques fueron quienes dirigieron la revolución, no es raro que buena parte de las masas confiaran en ellos para que siguieran dirigiendo y se vieran en la necesidad que antes tenían de que los soviets fueran independientes del Estado, ya que ahora el Estado eran "ellos"(sic) el proletariado. ¿Por qué aceptar separarse de los bolcheviques (subordinarse a ellos)? Tal vez porque los bolcheviques ofrecían como contrapartida hacer funcionar la sociedad (como un servicio). ¿Acaso serían las masas capaces de hacerlo mejor que ellos?

Este debate se resolvió en buena medida dentro del partido, en su ámbito privado, sin la participación de las masas. Primero mediante la represión a anarquistas y socialrevolucionarios de izquierda, así como a todo grupo de trabajadores que intentara organizarse sin el permiso del partido, y segundo, sanciones y castigos internos a la oposición obrera y luego a la oposición de izquierda. En tercera instancia, Lenin (aún antes que Trotsky) da un nuevo vuelco antiburocrático, considerando que el aparato burocrático estatal no es conducido por los bolcheviques, sino que ellos son conducidos por aquél, llegando a decir: “los decretos ¡basura!, la burocracia ¡basura!”. Pero este último giro lo hizo demasiado tarde, cuando él mismo era conducido y ya no lo conducía, devorado por los métodos que construyeron aquella máquina.

*El vicio que más excusa: La credulidad*

*El vicio que más detesta: El servilismo*

(Respuestas de Carlos Marx a un cuestionario presentado por su hija Laura).

La formación del Estado Soviético ha tenido lugar y tiempo congruente con las relaciones sociales descritas más arriba; como cristalización de ellas ha operado sobre la lucha de clases en Rusia a partir de ella misma. Las necesidades apremiantes que habían generado el imperialismo, la guerra militar y la guerra de clases al interior de Rusia no dejaban de marcar su impronta en el devenir de la historia de la revolución; las formas sociales del disciplinamiento tomaron fundamento de ello, mas el problema de los bolcheviques sobrevino, como sentenció Rosa Luxemburgo, cuando “(...) tratan de hacer de necesidad virtud y de consolidar teóricamente y proponer al proletariado internacional como modelo de táctica socialista, digna de imitación, esa táctica que a ellos les fue impuesta bajo condiciones tan desdichadas”. La misión que los bolcheviques se propusieron y los medios con que las encararon debieron haber sido objeto de una lectura permanente de la izquierda, fundamentalmente para historizar desde la lucha de clases el devenir de la vida política pública que condujo a la revolución y la organización de las masas que permitió ello.

El crecimiento político de las masas oprimidas ha dado un paso gigantesco en la Rusia revolucionaria, mas ha visto truncado su desarrollo en el freno a la activa participación del proletariado ruso en las decisiones importantes de la nación que le supuso la estricta disciplina partidaria estatal puesta en práctica. El cercenamiento de las libertades y la democracia obrera participativa en provecho de la dictadura del partido han conducido, en la práctica, no sólo a un desmoronamiento del aprendizaje práctico de las masas en la arena de la práctica política, sino también a un asentamiento de las objetivaciones institucionales de las funciones que ocupaban

cada nudo de la red de control estatal. Sin el mantenimiento de una vida política masiva viva detrás de esto, su existencia está destinada a alejar cada vez más las masas del poder público; la dictadura del proletariado va trasmutando en dictadura del partido a medida que se va cercenando la politicidad de las masas proletarias a la aceptación de las decisiones gubernamentales, y condenando la potencialidad revolucionaria del proletariado que toma en sus manos el destino de su clase a un conjunto de frases escritas y pronunciadas hasta el hartazgo, como si su verdad material naciera de la simbólica.

Toda la liberación proyectada por la revolución estaba en manos del proletariado mismo, en su crecimiento político y en la educación revolucionaria del conjunto de su clase organizada; ahora bien, la soberanía arrancada de sus manos por el partido y hecha comisarios, es decir, poniéndole nombre y vistiéndola de partido, traza un recorrido de alejamiento de la clase y vuelve a presentarse con una fuerza no menor a la que presentaba el capital para conducir y disciplinar al obrero colectivo en el uso de sus herramientas, sobre la clase que le daba sustento. El ser obrero colectivo aparece así vestido de comisario; y la defensa de su vestimenta soberana está en el mandato obrero mismo; entonces el poder es poder en ejercicio, no puede ser delegado sin un aprendizaje permanente y una puesta en práctica constante de la democracia obrera antes que la de un partido, porque precisamente la garantía del carácter obrero no puede ser delegada, la teoría de la soberanía no se apoya sobre el poder masivo sino que lo oprime<sup>xxi</sup>.

La potencialidad que llevó a Octubre no estaba, sin embargo, condenada a morir en la burocratización de la experiencia revolucionaria; sí estaba condenada una vez que la voluntad obrera se le aparece a los proletarios no en el clamor de una multitud sino en el uniforme de un funcionario estatal, con la persecución de la oposición política dentro de las mismas filas del proletariado ruso, recortando cada vez más la democratización que habían logrado las masas organizadas y que les había proporcionado ese sentimiento de creación y reconocimiento consigo mismas, de reencuentro con su ser genérico en la práctica política revolucionaria. Sólo a través de la educación política y la política de las masas en ejercicio tiene esa potencia de abrir las puertas a la conducción del propio destino por la clase obrera: *“Tenemos que explicar a las masas que el consejo de obreros y soldados debe ser la palanca que mueva la maquinaria del Estado en todos los sentidos, que el consejo tiene que apoderarse de todos los poderes del Estado y tiene que orientarlos en el sentido de la transformación socialista. De todo esto aún son muy ignorantes incluso aquellas masas que ya están organizadas en consejos. Pero esto no es ningún defecto, sino, precisamente la situación normal. Ejerciendo el poder es como las masas tienen que aprender a ejercer el poder; y no existe otra forma de enseñárselo. (...) las masas se educan en la acción. Hay que recordar que: en el principio fue la acción; y la*

acción tiene que ser que los consejos se sientan llamados y aprendan a convertirse en el único poder público del Estado”<sup>xxii</sup>.

<sup>i</sup> K. Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1964, pág. 51.

<sup>ii</sup> K. Marx, *Trabajo asalariado y capital*, citado en J. Holloway, *Marxismo, Estado y Capital*, Tierra del Fuego, 1993, pág. 126.

<sup>iii</sup> K. Marx, *El Capital*, S. XXI, Mexico, 1994, Tomo I, Volumen II, Cap. XI, pag 395.

<sup>iv</sup> John Reed, “*Diez días que estremecieron el mundo*”, Akal, Madrid, 1983, pág. 233.

<sup>v</sup> “A la población” Lenin, 5 de nov., Pravda, N° 4

<sup>vi</sup> Extracto del decreto de 5-18, diciembre de 1917 citado por E. H. Carr, *La Revolución Bolchevique (1917-1923)*, Alianza, Madrid, 1972, pág. 85, tomo 2.

<sup>vii</sup> O. Anweiler, *Los soviets en rusia*, Zero, Madrid, 1975, pág. 233.

<sup>viii</sup> V. I. Lenin, *Las tareas de la revolución*, Anteo, Buenos Aires, 1973 ,pág. 138 y ss.

<sup>ix</sup> *Ibid*, pág. 140.

<sup>x</sup> M. Brinton, *Los bolcheviques y el control obrero*, Ruedo Ibérico, Colombes, 1972, pág. 8 y s..

<sup>xi</sup> Brinton, Op. Cit., en pág. 50, señala esa subordinación ya estipulada en el “proyecto de decreto sobre control obrero” aparecido el 3 de noviembre en Pravda: “las decisiones de los representantes elegidos por los obreros y empleados son obligatorias para los propietarios de las empresas” aunque a la vez podían ser “anuladas por los sindicatos y por los congresos sindicales”. Sobre impedimento estatal del congreso Panruso de comités de fábrica, ver pág. 54.

<sup>xii</sup> Ver Volin; “*La revolución desconocida*”, Proyección, Buenos Aires, 1977; donde el autor relata el episodio en que él mismo se confrontó con representantes del gobierno acerca de su negativa en hacer funcionar la destilería de petróleo Nobel en petrogrado, aún cuando los obreros mismos propulsaran llevarlo a cabo con sus propios medios, ante los cual los primeros hicieron verbo las voluntades gubernamentales con respecto a la oposición: “¡Y que los señores anarquistas se guarden! El gobierno no podrá tolerar que se inmiscuyan en asuntos que les son ajenos y que inciten a los honestos trabajadores a desobedecerlo. El gobierno los reprimirá sin contemplación. ¡Que se den por notificados!” en pág. 168.

<sup>xiii</sup> E. O. Wright, “*Clase, crisis y estado*”, Madrid, 1983, cap. IV.

<sup>xiv</sup> Acerca del avance de la racionalidad técnica en occidente, ver Weber, Introducción a “*La etica protestante y el espíritu del capitalismo*”, Hispamérica, Buenos Aires, 1985.

<sup>xv</sup> “(...) esto quiere decir que bajo el socialismo sigue habiendo también burócratas, ¡que sigue habiendo burocracia! Y esto es precisamente lo que es falso.”, le reprocha a Kautsky en *El Estado y la revolución*, Planeta Agostini, Barcelona, 1993, pág. 168.

<sup>xvi</sup> E. O. Wright, Op. Cit., pág. 208.

<sup>xvii</sup> E. Mandel, *Sobre la historia del movimiento obrero*, Fontamara, Barcelona, 1978, pág. 207.

<sup>xviii</sup> A. Nove, *Historia económica de la Unión Soviética*, Alianza, Madrid, 1973, pág. 71.

<sup>xix</sup> Mandel, Op. Cit., pág. 207.

<sup>xx</sup> Pannekoek, Antón; “World Revolution and Communist Tactics”.

<sup>xxi</sup> Negri, Antonio; *El poder constituyente*, Prodhufi, Madrid, 1994, pág. 31.

<sup>xxii</sup> “¡Pues sí, dictadura! Pero esta dictadura no consiste en la eliminación de la democracia, sino en la forma de practicarla (...) Esta dictadura tiene que ser la obra de una clase y no la de una pequeña minoría dirigente, en nombre de una clase, esto es tiene que ir resultando paso a paso de una participación activa de las masas, asimilar su influencia inmediata, so meterse al control de toda opinión pública, surgir de la educación política creciente de las masas populares. (...)”, en Luxemburgo, Rosa; *La revolución rusa*, en *Obras Escogidas*, tomo II, Ayuso, Madrid, 1978, pp. 147, 188, 189.